

Ven y ve – Benín

Cecilia Zocli e Hipólito Zeagnon

La mamá estaba disgustada porque sus hijos insistían en asistir a esa iglesia extraña. Pero luego una enfermedad desesperante la hizo cambiar de opinión.

[Pida a una mujer y a dos muchachos adolescentes o adultos jóvenes que presenten este diálogo en primera persona.]

Cecilia: Soy Cecilia, y vivo en Benín, África Occidental. Tengo cuatro hijos maravillosos que nunca me habían dado problemas, hasta que un vecino los invitó a su iglesia.

Martín: Soy Martín. Vivo al lado de la familia Zocli. Me gusta pasar tiempo con Hipólito y su familia.

Hipólito: Soy Hipólito. Martín y yo nos divertimos mucho con nuestros juegos y pasando el tiempo con mi familia. A menudo me hablaba de su iglesia y las actividades interesantes que tienen para los jóvenes. Así que cuando nos invitó a su iglesia, mis hermanas y yo decidimos ir.

Cecilia: Cuando los niños preguntaron si podían ir a la iglesia con Martín, me sorprendí, especialmente al saber que los miembros de esa congregación adoran en sábado, no en domingo. Pero los dejé ir, pensando que no habría ningún daño.

Hipólito: La gente de la iglesia era amistosa, aunque no nos conocían. La maestra de Escuela Sabática nos contó historias tan interesantes que decidimos ir nuevamente.

Cecilia: Los niños regresaron a casa después de la visita a la iglesia de Martín ansiosos de contarme acerca del servicio de adoración. No podía creer cuánto habían disfrutado de asistir a la iglesia. Me rogaron que los dejara ir con Martín otra vez.

Hipólito: Nos hicimos de muchos nuevos amigos en la iglesia adventista. Los miembros nos invitaron a las reuniones de oración, los cultos del viernes de noche, y otros programas interesantes. Pasamos más tiempo en la iglesia de Martín que en la nuestra. De hecho, al poco tiempo ya no queríamos regresar a la nuestra.

Cecilia: Comencé a preocuparme de que mis niños pasaran demasiado tiempo en la iglesia de Martín. Así que, cuando me dijeron que no querían asistir conmigo a la iglesia los domingos, me molesté. Les informé que ya no podrían asistir a la iglesia de Martín. Mi hija menor lloró. Dijo que la iglesia de Martín tenía programas más interesantes que la iglesia de nuestra familia.

Hipólito: Mamá nos había enseñado a obedecerle, pero después que nos dijo que no debíamos ir más a la iglesia con Martín, nos escapamos a escondidas. A veces pretendíamos ir a

la casa de unos amigos, con el fin de asistir a la reunión. Pero al poco tiempo mamá descubrió lo que hacíamos, justamente cuando todos teníamos planes para el sábado de mañana.

Cecilia: Traté de razonar con los niños, de convencerlos a que asistieran a la iglesia de nuestra familia, pero insistían en querer ir a la iglesia con Martín. ¿Qué podía hacer? Tenía miedo que si los castigaba por asistir a la iglesia adventista, los estaría alejando de Dios por completo.

Hipólito: Estaba aprendiendo mucho acerca de Dios en la iglesia adventista, y después de varios meses decidí bautizarme dentro de esa iglesia. Luego una de mis hermanas se bautizó.

Martín: Estaba contento de ver que mis amigos habían encontrado una fe genuina en la iglesia adventista. Me dio gusto que los miembros los trataran como si fueran de la familia, nutriéndolos y animándolos hasta que se unieran a la iglesia.

Cecilia: Nuestro hijo Hipólito pasó un mes inconsciente después de un ataque de una bandada de murciélagos. Cuando salió del hospital quiso ir a la iglesia, pero estaba muy débil. Me preocupaba que Hipólito se enfermara nuevamente; pero adorar a Dios significaba tanto para él que decidí llevarlo.

Martín: Hipólito continuó mejorando, y pronto pudo asistir a la iglesia por sí mismo.

Cecilia: Entonces me enfermé. Vi cómo los adventistas habían ido rápi-

damente al lado de la cama de mi hijo cuando necesitaba que oraran por él, por lo tanto pedí a los miembros de mi iglesia que vinieran a orar por mí. Pero nadie lo hizo.

Hipólito: Vi cuán desilusionada estaba mi mamá cuando nadie de su iglesia llegó a consolarla. Les pedí a algunos adventistas que fueran conmigo para orar por ella, y lo hicieron.

Cecilia: Estaba contenta de ver que los adventistas habían venido. Me sentí mejor con sólo escucharlos orar por mí. Cuando me restablecí comencé a asistir a la iglesia adventista con mis hijos. Sabía que eso los alegraría.

Hipólito: Cuando nuestra madre decidió tomar estudios bíblicos y ser bautizada, mis hermanas y yo estábamos emocionados. Entonces papá comenzó a asistir a la iglesia también. Ahora todos adoramos a Dios juntos todos los sábados.

Cecilia: Hoy somos cristianos adventistas porque Martín invitó a mis hijos a adorar con él en su iglesia. Ahora los sábados por la tarde nuestra familia visita a nuestros amigos y vecinos y los invitamos a llegar a la iglesia para que vean lo que Dios puede hacer en sus vidas.

Hipólito: De eso se trata la misión de los adventistas: contarle al mundo, una persona a la vez, que Jesús los ama y murió por ellos.

Cecilia Zoeli y su familia comparten su fe en el suroeste de Benín.